

JAVIER PORTO

Grace, Andy, Keith, Robert & Cía



... Javier Porto (Madrid, 1960) fue ayudante y confidente de un fotógrafo americano de tanto carisma y prestigio como el muy controvertido Robert Mapplethorpe, hacía carrera en Manhattan y se codeaba con lo más granado del arte neoyorkino. Y en sus regresos a nuestro país ya llegaba siempre con el aura de quien consigue abrirse camino en un terreno y una disciplina tan difíciles como eran el de Nueva York de los 80 y la fotografía entendida como arte de riesgo.

... Esta suite Grace, Andy, Keith, Robert & Cía que ahora presenta y que recientemente ha entrado a formar parte de una colección como la que atesora la Fundación Gerardo Rueda.

De resultas de ese trabajo a la sombra de Mapplethorpe, Porto pudo conjugar su presencia como ayudante y testigo en sesiones históricas con su trabajo como fotógrafo a la búsqueda de una identidad propia, sin olvidar nunca sus raíces españolas. Pero, quizás por el carácter receloso de Robert, en muy contadas ocasiones pudo aunar estas dos vertientes: una de esas escasas excepciones a la regla del maestro de no permitir que sus asistentes —como Javier lo era por entonces— inmortalizaran aquellas sesiones con su making off es la que provoca estas líneas escritas como prólogo a una exposición que bien puede calificarse de milagrosa, ya que no solo tuvo que contar con la suerte de poder fotografiar los preparativos, la puesta en escena y la consumación de aquel capricho warholiano de inmortalizar a Keith Haring pintando sobre el cuerpo desnudo de Grace Jones, sino que de seguro también debió encomendarse a los dioses paganos para que aquella conjunción de estrellas y la consabida guerra de egos —y para muestra un botón: Robert le hizo apagar los flashes para impedir que Warhol pudiera hacer fotos en condiciones óptimas— no diera al traste con un goloso encuentro en la cumbre, porque no solo había que conjurar los celos de Mapplethorpe respecto a un emergente Haring bajo el protectorado de Warhol, sino también debió sortear la poco conocida incompatibilidad de caracteres de Robert y Andy, condenados a entenderse en el nombre del arte y de sus ambiciones pese a que compartían una misma «estructura de sentimiento», según expresión de Raymond Williams. Pero, contra todo pronóstico, el milagro que esperaba se terminó por consumir en el estudio de Robert justo el día del cumpleaños de Javier.

Pablo Sycet Torres